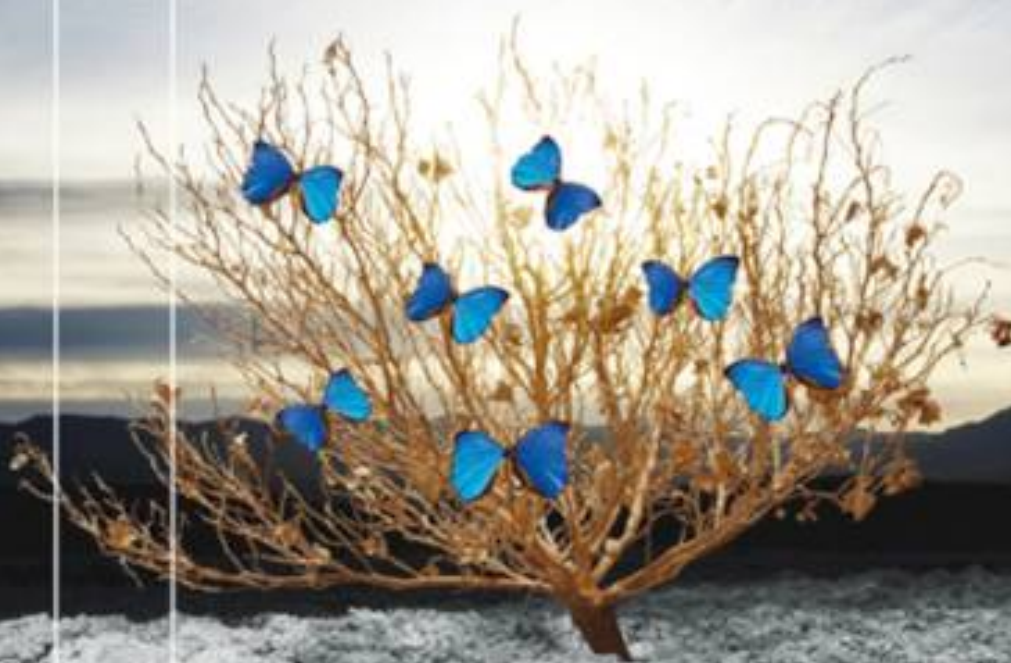


ALFAGIARA

Héctor Tizón

La belleza del mundo



A
HÉCTOR YÁNOVER
In memoriam
Fraternalmente

Antes

*¡Oh, quién fuera hijo de
algún hombre
dichoso que envejeciera
en sus dominios!*

ODISEA, Canto I

Después de que ocurriera lo que trataremos de narrar, ella escribió una carta cuyo primer párrafo era el siguiente:

Todo me condenará porque, como decía mi madre, quien quiere ahogar al perro lo acusa de rabioso. Yo sé que el pecado es desear ser distinto de lo que somos. Morder la manzana para conocer su sabor. Ser buena y generosa es demasiado para mí.

Se llamaba Laura, y su padre ya era un alcohólico recuperado cuando supo de ella. Habían venido de un pueblo lejano en busca de tranquilidad. La madre era profesora de música, tocaba el órgano en la iglesia del pueblo y participaba así de las magras limosnas, que sin embargo servían para comer, puesto que su marido nunca logró salir de la especie de estupor en que vivió durante los últimos años, cuando no hizo otra cosa que mirar a lo lejos, a través de la ventana de su cuarto. La ventana daba a los fondos, a lo que fuera un huerto de viejas plantas ya estériles y arbustos indóciles, donde sin embargo ella solía jugar o se sentaba a leer en los días tórridos, siempre el mismo libro —el único, como lo contó después, que había en su casa— poblado de hadas, de náufragos sobrevivientes en playas remotas y de sueños de viajes.

Laura fue la primera en acudir cuando él llamó a la puerta para ofrecer la miel de sus colmenas. La diferencia entre ellos no era incongruente, aunque él por su timidez o gravedad parecía más viejo, y ella no aparentaba ser más que una niña aún en edad escolar.

En realidad él, por entonces, no tenía más de veinte años y hacía cuatro que vivía solo —con la única compañía de un peón sordo y lunático— en su pequeña granja, desde la muerte de su madre a consecuencia de lo que se llama una penosa enfermedad, y nunca había sabido de su padre ni nadie le habló de él, aunque sí de su abuelo paterno Autólico —nombre por entonces ya extravagante y austero—, sólo una sombra oscura en su memoria, alto, apenas doble-

gado por los años y su propia robustez, quien le había puesto el nombre que llevaba, y de quien heredó su pasión de apicultor. Tampoco, hasta que la conoció, se había sentido un solitario, ni se preguntaba entonces por cosas tan volátiles como la felicidad; ni siquiera había tenido tiempo para pensar en ello.

Tenía veinte cajones con sus panales, colocados sobre espigones de madera en medio de una arboleda de manzanos, que producían miel suficiente como para prescindir de otra actividad, aunque también vendía la pequeña producción de manzanas a una fábrica de dulces vecina. El resto del tiempo cazaba mariposas y leía sobre ellas en una pequeña enciclopedia, uno de los pocos libros que había hallado en su casa, y que estuvieron allí desde siempre.

Él era un joven flaco y alto, de piel blanca y curtida por el sol, de ademanes torpes y desmañados, de grandes manos fuertes, que sin embargo cazaban mariposas. De las mujeres no sabía nada más que lo que se puede aprender con un par de incursiones apresuradas al prostíbulo de la ciudad. Vale decir que nunca antes había sentido la oscura felicidad de estar cerca, de extrañar en la ausencia, de enmudecer ante la mirada insondable de unos ojos que en el instante dicen todo lo que jamás nadie nunca ha podido expresar con palabras.

Ella era distinta, regordeta, de mejillas pecosas, ojos claros que brillaban al mirar con una extraña luz maliciosa y alegre, y actitudes juguetonas e inocentes. "¿Miel?", había preguntado cuando acudió aquel día al llamado en la puerta de calle. Después volvió a ir, y ella un día de esos dijo: "Yo creía que sólo los osos necesitaban tanta miel". Él se hizo al cabo una presencia frecuente y dejaba uno o dos frascos, aunque no se los compraran, y luego de una docena de visitas, él mismo los depositaba en la cocina, entrando por detrás de la casa, ante la absorta mirada del padre, al que siempre encontraba detrás de la ventana o en la pe-

queña galería de madera, mientras la madre tocaba el piano o estaba ausente.

Luego de unos meses se casaron, con el beneplácito de la profesora de música, la indiferencia del ex alcohólico y el asombro divertido de ella, que ante la propuesta había preguntado: “¿Casarnos? ¿Nosotros...? ¿Para qué?”.

Lo cierto es que se casaron. La boda fue en la iglesia del pueblo una mañana radiante de mayo. Laura usó un vestido de color amarillo pálido, que había pertenecido a su madre cuando era joven y delgada, aparejado por ella con sus propias manos durante varias noches de insomnio, con mucha pena porque sus ojos ya estaban arruinados. Pero, aparte del vestido, ocurrieron otras sorpresas para el joven apicultor, que indudablemente habían sido concebidas y ensayadas en complicidad entre la profesora de música y el cura. Días antes de la boda, él, con la ayuda del peón y una mujer que oficiaba de criada y cocinera ocasional, limpió la casa, renovó las cortinas, quitó los viejos muebles estropeados y los guardó en el fondo del galpón. En el dormitorio —el mismo de siempre— sólo había una cama alta de madera recia, con mosquitero, una jofaina de loza con pie de hierro forjado y una cómoda, de cuyos cajones sacó todo lo que había de inservible para su nueva vida, entre ello un viejo libro de asientos contables de hojas removibles, carretes de hilo de pescar, un revólver que había estado siempre allí, sin que jamás nadie lo usara, dos mazos de baraja española, una antigua cinta métrica en su estuche de suela y otras cosas de índole semejante, que metió en una caja de madera y también guardó en los fondos del galpón.

Apenas ingresó la novia, con el rostro cubierto por un tul, un coro de niños, no más de ocho, entonó el *Kyrie* y enseguida, ya casi en el altar, con una fuerza apenas contenida, como si la hubiese guardado mucho tiempo sin usar hasta entonces, se alzó la voz de la madre cantando el *Magnifi-*

cat. Cuando todos callaron, el cura comenzó a hablar y él notó que una leve convulsión hacía temblar imperceptiblemente los hombros de la novia; él pensó afligido que ella lloraba, y recordó por un instante aquello que siempre había oído: que por vigorosa que sea la llama que arde en el corazón de las jóvenes bien nacidas, se necesita desprenderlas del cuello de sus madres para entregarlas a sus esposos. Pero ella misma le demostraría lo contrario, o sea que las lágrimas de las recién casadas suelen ser tan falsas como la pena de los parientes ante el moribundo a quien se va a heredar. Porque entonces descubrió con asombro que ella no podía contener la risa. La ceremonia terminó. Laura, radiante, abrazó a su madre, emperifollada y pechugona, que permanecía en una actitud soberbia y un tanto teatral que hacía recordar a una gallina. Su padre en cambio tenía como siempre la mirada ausente y vidriosa. Los niños del coro, quebrando la formalidad, se desbandaron igual que todos los demás. No hubo fiesta pero sí, cuando llegó Giuseppe, el fotógrafo del pueblo, amigo de la casa, no pudieron menos que aceptar que los retratase primero juntos y luego a ella sola, sonriente y divertida, con un fondo de glicinas.

Laura y él abordaron un tílburí, conducido por el peón sordo, que los llevó a la granja del apicultor.

Allí comenzarían una vida feliz.

Una mañana, en su vieja camioneta Ford, que había pertenecido a su padre —fundador del negocio—, llegó Venancio, el comprador de toda la producción de miel de abejas del municipio, que envasaba en frascos de color verde translúcido y les ponía la atrayente etiqueta de su marca; esa etiqueta llevaba impreso un sol de cara dorada y sonriente sobre un campo de margaritas con fondo azul. "Con esto cualquier clase de miel se vende sola." Venancio, sin embargo, tal vez por haber sido hijo único, y porque se había quedado huérfano, a cargo del negocio con apenas trece años —aunque de la muerte de sus padres nadie nunca

hablaba, o quizá se hablara pero no en su presencia—, era un joven taciturno, huesudo y musculoso, de pelo negro con un flequillo rebelde sobre la frente, cuyo lenguaje al parecer se limitaba a una decena de palabras entre las cuales se incluían el saludo y la imposición del precio de la miel. Cuando Venancio llegaba —ya era como una señal convenida— tocaba cuatro veces la bocina de su camioneta y se quedaba sentado esperando. Ese mediodía sucedió así. Él estaba mudando un panal, tarea que, según se sabe, no puede ser interrumpida sin provocar pánico en las abejas, y no pudo acudir, así que trató de llamar a su mujer, en vano, dando voces. Cuando él, apañándose como pudo acudió de prisa, el comprador ya se había ido. Ella estaba aún en la cama.

—¿No has oído que llamaban?

Ella, semidesnuda, se desperezaba y dijo:

—¿Oído, qué?

—Que llamaban.

—No. ¿Quién?

Entonces él se lo explicó. Siempre debían estar atentos, porque ellos vivían de la miel y cuando el comprador llegaba había que atenderlo de cualquier modo.

—¿Aunque esté a medio vestir? —preguntó, divertida. Cuando sonreía, los hoyuelos de las mejillas eran aún más perceptibles.

—Aunque estés desnuda —dijo él—. Si yo no estoy. Es importante.

Ninguno de los dos había conocido el amor. Tal vez ella jugaba, pero de verdad no sabía qué era; él ni siquiera lo había imaginado. Tiempo después, el apicultor reflexionaría: ¿La amé de verdad? ¿La amé verdaderamente? ¿Sabemos —como yo sé, que si a las abejas no las conoces ni las amas, no conseguirás nunca nada de ellas— exactamente lo que es el amor?

Hacia los fondos que dan al poniente, el peón, corpulento y sordo, escarba la tierra con una azada, preparándola para los plantíos de alfalfa, de tomillo y salvia, alimentos melíferos para la multitud de abejas de los numerosos panales colocados en largas filas o columnas, amparados de a trechos por la sombra de sauces y paraísos.

Atardece y ellos están ahora descansando, tumbados cómodamente en los sillones de mimbre, en la galería.

El sol, ya sin calor, como un disco gigantesco de pálida luz herrumbrosa, pareciera descender hacia el fondo con lentitud.

—¿Cómo es que te dio por criar estos bichitos? —pregunta ella.

—¿Qué bichitos?

—Esos, las avispas.

—No digas avispas, son abejas.

—Bueno, pero pican igual. Un día me picó una en el pie y mi madre apretó la picadura para que saliera el aguijón —dijo— y después me untó con barro todo el pie y lo dejó ahí hasta secarse... ¿Cómo es que no te pican todas y te mueres?

Él sonreía.

—Porque me conocen y saben que las cuido.

—¿Tienen cerebro para pensar?

—Yo no lo sé. Pero ellas tal vez sí. Por ejemplo, ellas ven en las flores lo que nosotros, con nuestros ojos, no podemos ver.

Ya no estaba el peón; había abandonado las tareas cuando el sol comenzaba a hundirse a lo lejos.

—No son malas; sólo atacan cuando tienen miedo, como todo el mundo... Aunque no lo creas, aquí tenemos más de cincuenta mil.

—¿Qué, como una ciudad, entonces?

—Sí, y viven casi como nosotros, gobernadas por una reina. Están las que trabajan y los zánganos.

—Sí, los vagos.

—No, su trabajo es fecundar a la reina, en su único vuelo nupcial.

—¿Cómo has aprendido todo eso?

Él se encoge de hombros.

—No lo sé... Digo, siempre lo he sabido. Todo lo que yo quería saber no lo podía aprender en la escuela. Siempre, para aprender algo, tuve que arreglarme solo. —Y agregó, aunque con otras palabras, que entre las abejas, como entre los hombres, predominan las solitarias... Para algunos, la soledad no es un accidente, ni una consecuencia de nada, sino una manera de ser.

Atardecía con lentitud, y ella, que tenía las piernas encogidas, sujetadas por sus manos, dijo:

—Me gustaría ser reina.

—Las reinas mueren jóvenes. Son abandonadas y mueren antes.

—Es triste —dijo ella. Pasó un rato en silencio, y cuando él, que estaba observando el ocaso, volvió a mirarla, ella tenía los ojos mojados.

—Pero... —dijo él—, no...

—Nada, ya no digamos nada —dijo ella, poniéndose de pie de pronto. Otra vez reía—. Tenemos que ir a bailar ahora... esta noche, ¿sí? ¿Por qué no?

Al verla, él pudo haber conjeturado quizá que las personas se encuentran indefensas ante el amor, así como ante la muerte.

Ahora ella estaba otra vez alegre. También parece estarlo el mundo, pensó. Los helechos, las malezas se mueven con el viento, se ríen conmigo; mis ojos bailan.

Muy a comienzos de la tarde, el apicultor regresaba del pueblo vecino. Había ido en busca de unas herramientas para el jardín y un pote de veneno para las hormigas. Era un camino que bordeaba la loma, angosto y desigual, por el que la maltrecha camioneta se deslizaba estrepitosamente, cuando de pronto, después de una explosión ahogada, casi inaudible, como una tos, en el radiador, se detuvo. Es-

to ya había ocurrido otras veces de manera que no se inquietó. Tampoco estaba lejos de un caserío, de modo que, con un balde en la mano, se fue en busca de agua, dejando el capot levantado. Antes de llegar al caserío, había una pequeña fonda de paso. Adentro, en cuanto sus ojos se acomodaron a la penumbra, vio a cuatro parroquianos sentados a una mesa y a dos más, de pie junto al mostrador.

Hablaban de un muerto.

El muerto, un forastero, había aparecido ayer en un zanjón, no lejos de la fonda. Decían que por su aspecto parecía un vagabundo, un linyera de barba y cabello crecidos, algún pobre desgraciado.

—Pero es curioso —dijo uno de los hombres—, calzaba una sola alpargata, estaba descalzo del otro pie.

Hacía mucho tiempo que nadie había visto un forastero por el lugar. Años, en realidad.

—¿Un extranjero?

—Nadie puede saberlo. Estaba muerto, no hablaba.

—Un extranjero, seguro.

—Los extranjeros andan casi siempre con botas o con botines, y este iba de alpargatas.

—Al menos, con una alpargata.

No todos rieron.

El parroquiano que parecía más viejo liaba un cigarrillo con una sola mano.

—Era un hombre joven —dijo el que conjeturó si el muerto sería extranjero.

—Joven o no, se ha muerto como todos.

—¿Qué todos?

—Todos nosotros; digo que ninguno nunca nos creemos demasiado viejos para morir.

Quería decir aquel hombre que la muerte es siempre prematura.

—Y todos tendremos miedo.

Entonces nadie respondió de inmediato, sino después de unos minutos.

—Únicamente los locos y los animales son valientes.

El que había armado el cigarrillo, que ahora mantenía apagado entre sus labios, dijo que no estaba de acuerdo.

—Los locos, tal vez; pero los locos no valen. Los animales tampoco. Los animales no son valientes, porque ellos no saben que morirán.

El joven apicultor, que había aceptado un vaso de vino, se dio cuenta de que ya debía retomar el camino.

Cuando subió, luego de echar el agua en el radiador, la camioneta arrancó como si jamás hubiese tenido un desperfecto.

Otra vez corría una brisa fresca, agradable, al superar el callejón bordeado de álamos y, luego de un pequeño puente de madera, enderezó hacia la casa. Todo parecía tranquilo y en paz o apaciguado: el aire, los pálidos colores, la luz vacilante de la tarde.

Entró directamente al tinglado del garaje, y cuando apagó el motor escuchó risas y cuchicheos.

Laura estaba sentada en la sala con Venancio, el comprador de miel, cada cual repantigado en un sillón, cuando él entró limpiándose las manos con un trapo sucio de grasa.

—Venancio hace mucho que espera —dijo ella, que apenas se incorporó, extendiéndole su mejilla para el beso—. Me ha traído esto —dijo—. Es un disco... pero le dije que no tenemos victrola. ¿No es gracioso?

Venancio se había incorporado para saludarlo.

—Sí, claro —dijo él—. Compraremos una.

—¿Hoy?

—Ahora es de noche. Mañana.

Ella se puso de pie de un salto para abrazarlo y besarlo. Estaba feliz con la promesa.

Después ella se fue a la cocina y ellos pasaron a la habitación que hacía de escritorio.

En la incipiente oscuridad, las ranas croaban rítmicamente.

Al cabo de un rato, seguramente cuando ella, desde la cocina, escuchó ruido de un motor en marcha, entró en la habitación y halló solo a su marido.

—Se fue, sí —dijo él.

—Pero, estaba casi listo el pastel... ¿Volverá enseguida?

—Seguro que no. ¿Qué importa? Lo comeré solo, contigo. ¿Sí?

—¡Claro que sí! ¿Sabes una cosa?

Él la miró y en lo más recóndito agradeció a Dios por haberla encontrado.

—Él es...

—¿Sí?

—Me ha dicho que él es testigo de no sé qué.

El joven apicultor la miraba entre perplejo y divertido.

—Dijo que Dios es como toda la luz del mundo. Y después me ha dicho que todos, todas las noches, debemos confesar los pecados. Yo le he dicho que no tenía ninguno, y que nunca pensaba en eso. Y que ni siquiera pensaba en Dios, salvo a veces, en las noches frías de invierno, cuando escuchaba llorar a algún perro.

—Bueno, ¿qué hay de ese pastel?

Ella guardó silencio, como distante. Fue a la cocina, y cuando más tarde se sentaron a la mesa, habló:

—Me dijo que deberíamos ir al templo alguna vez.

—¿Al templo?

—Sí, a ese que no es de los curas comunes y silvestres. Mi madre lo sabe.

—¿Tu madre? ¿Por qué?

—Porque yo le hablé de él.

—¿Y ella, qué dijo?

—Dijo que teniendo un marido trabajador y católico, y alejado de la bebida, no convenía frecuentar a ese otro loco. Y ha dicho también que la iglesia católica es la única de Dios, y que las demás son falsa miel en los oídos de los tontos. —Y luego ella agregó—: Él dijo también que todo lo que se haga sin pensar en Dios no vale nada. Y que los mayores males de este pueblo son la falta de fe verdadera, y la melancolía... Y que él lo sabe bien porque a causa de

eso se emborrachaba y que era ya un borracho perdido y se puso a rezar y de pronto vio como una luz muy fuerte que lo llamó por su propio nombre, una noche, cuando estuvo a punto de quitarse la vida. Pero yo no estoy segura de eso.

—¿No?

—Quiero decir, no creo que Dios sea siempre justo. Él muchas veces hace pagar a los inocentes el pecado de los demás.

Él tomaba la sopa caliente, pero ella seguía de pie junto a la mesa, ensimismada.

—Tonterías —dijo él—. Esas son cosas de predicadores y de charlatanes... ¿Y ese pastel, o esta noche sólo tendremos sopa? —Lo dijo en el momento en que ella vino hacia él y quiso sentarse en sus rodillas.

La llamada de amor de las ranas había cesado. La luna indecisa había terminado por asomar entre las lentas nubes su pálida cara.

Lo cierto es que Laura no tenía una cultura demasiado amplia ni versátil. A duras penas si había logrado concluir lo que se llamaba ciclo de primaria y ello, no sólo porque sus padres vivieron cambiándose de domicilio, de pueblo en pueblo, hasta que se asentaron en este, sino también porque era muy rebelde y nunca demostró interés por los contenidos de la enseñanza escolar, que hallaba intrincados y desabridos. A su padre, ni en los escasos períodos de lucidez y sobriedad, esto le preocupaba mucho y si a veces rezongaba únicamente lo hacía para evitar la retahíla de insultos de la madre, que achacaba a la desidia paterna la mala educación de la hija. La cuestión es que ella apenas si logró aprender las operaciones aritméticas elementales y alguna que otra cosa más. Para la geografía, la historia y las ciencias naturales era roma, incluso para aquello que tenía que ver con cuestiones sencillas de nuestra vida, como cuando la maestra le preguntó si sabía el nombre de algún poeta